



DÍAS DE IRA

Sebastián Correa Valencia

DÍAS DE IRA



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Sebastián Correa Valencia

ISBN: 978-84-18828-12-6

ISBN digital: 978-84-18828-13-3

Depósito legal: M-17808-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PRIMERA PARTE

IRA

1

Isaac busca el paquete de velas que guarda en la alacena, agarra los fósforos y el aerosol para insectos Bichek, da media vuelta y camina hasta tocar la cama con sus rodillas; enciende una vela, la inclina derramando tres gotas para erguirla; con la otra mano sostiene el arma preparada. Desliza sus dedos por las bocas de los zapatos que tiene más próximos, apunta el aerosol al suelo, el cirio se interpone, la sombra de Isaac lucha con cólera. Esencia de eucalipto diluida en formol, éter de cementerio, rata podrida al sol, es el olor que despide la cera derretida. Levanta los techos, corren en todas direcciones, otras inmóviles se burlan de la herejía cometida, pero ya los oídos y los ojos están amaestrados en el oficio de detectar la maldad. Presiona la válvula soltando el gas, la llamareda purifica el mísero cuerpo de las cucarachas poseídas. Algo corre por el encielado, lagartijas que se carcajean sobre él cuando su pensamiento es errado o noble. Escucha el rasguñar en la ventana, durante semanas lo ha

dejado entrar para que coma y tome agua, esta vez en los ojos del animal se lee enojo, maúlla con reclamo, afanoso. El olor a orines y heces que emana del apartamento se mezcla con el de cabellos calcinados. Tira del marco de la ventana para que entre mejor aire. El felino salta sobre él propinándole un zarpazo en la mejilla; Isaac lo lanza con violencia al tejado y cierra la corredera. Perdura encandilado por la llama. Las bombillas de la calle se funden. Los coches se detienen, se apagan las farolas, empieza la briza. El olor putrefacto lo hace vomitar. Se atraganta con moscas de cadáver.

—¡Tu alma se extingue!

—¿Oír susurrar a los muertos es mi castigo?

La hechicera lo hace delirar mostrándole los malos actos suyos y los de otros hacia él. Miles de cucarachas corren por las paredes, serpientes se acercan a sus pies, se deslizan hasta su cuello e intentan introducirse por su boca.

—Para encontrarme debes recordar, recuerda.

Amanece. Las cucarachas son la manifestación de su espíritu, puede entender cualquier rincón de su mente observándolas, será clara la existencia al entender el mensaje que traen estos seres. El lenguaje de los hombres es maligno, pero es el que posibilita la armadura del futuro que no existe, salvo en este instante que está dejando de ser ahora.

2

En el salón 802 contempla los rostros e imagina lo que están pensando sus dueños. Una mujer elegante observa al profesor, sonrío cuando él lo hace, saborea su verga, finge que entiende, debe follárselo para continuar con la carrera, es la cuarta vez que inscribe la materia. Josué les dice estúpidos con cada ejemplo, Isaac ríe, no de las alusiones, de los bufones y de las caras afeminadas que no se enteran, de un individuo que acaricia el pelo de la muchacha que nunca gozará; los ojos negros del sujeto, cristalinos para él, no pueden ocultarla poseída. Luciana está convencida de que todos la quieren penetrar, supone el morbo de cada uno, incluso del profesor; él la reconoce más a menudo que a las demás, aunque con la vista fría simulando compostura, pero pensando: «¡Cómo está de buena esta perra, la voy a poner a chupar si le va mal en los exámenes!». Ella se levanta del asiento, va al baño, debe estar perfecta, balancea el culo al caminar; Isaac no la mira, cuando cruza por su espalda inhala el perfume de coco que despide, también la desea, mas nunca se inclinaría ante ella; los lisonjeros se apresuran a mover las sillas

para que avance la princesa. Josué se desinteresa de lo que explica, la persona que quiere sorprender acaba de salir. A la izquierda del profesor se encuentra Miguel, respira despacio, tiene los ojos rojos, los sentidos sensibilizados, él también se deleita con los payasos; los que no lo conocen están seguros de que es un drogadicto sin propósitos; percibe el olor nauseabundo que emana de las axilas de su aledaño, quiere vomitar, fumó marihuana antes de entrar a la clase. Hay una mujer que valora la ropa de todos: «Esa camisa valió veinte mil pesos, al igual que esa blusa», Isaac ve la mano del diablo en sus ojos, señalando. La dicha de la dama es la miseria de sus cercanos; mira los zapatos de sus compañeros y después los suyos, sonrío sin tensionar la cara. El hombre adulto aprende todos los días, pero solo aprehende aquello que le es indispensable para morir. Aprecia con detenimiento los labios; para él las palabras no representan aprendizaje; la mente en movimiento ensordece el mundo común. Para el hombre que está drogado lo exterior se vuelve silencio en el momento en que el inconsciente le concede una revelación, mientras tanto, los otros se convierten en títeres movidos por su mente, son inservibles, está engendrando imágenes complejas construidas en su inconsciente profundo; si alguna palabra es dicha representando algún interés, a saber, iluminando algún pasaje oscuro del pensamiento, el hombre que está ante sí vuelve al mundo real siendo ya otro ser.

Antes de irme les dejaré restos de mi memoria. Alimentaremos la tierra que hemos lastimado. Saldré a fu-

mar el último cigarrillo, iré hasta el corredor y me recostaré sobre el barandal para mirar por última vez a las cucarachas que odio; volveré y lanzaré adentro la granada que escondo en mi maletín, jalaré con fuerza la perilla de la puerta hacia mí, evitando que salgan; ¿cuántos morirán?, ¿cómo quedarán sus cuerpos?, imagino extremidades desprendidas, tripas y sesos que se deslizan por las paredes hasta el suelo, salpicones de sangre en el tablero y en las mesas. Gritos, gritos de súplica: «¡Ayuda!», «¡Ayúdenos!», tiemblan mis manos y piernas de excitación.

3

Siempre estamos juntas, vamos a los mismos lugares, estudiamos y hablamos de cosas semejantes, a pesar de ello, qué distinta soy, ella es rubia, de cabello abundante y vivo, su cuerpo es como el mío, aunque no tan oscuro, tiene manos hermosas y delicadas, mis manos parecen de hombre. A los diecisiete años quería ser rebelde, tenía miedo y era cobarde; una noche, ebria, con otros bastardos decidí tatuarme; el primer agujonazo me gustó, recordé que estaba viva, después de mí nadie quiso hacerlo, se acobardaron al verme llorar. Ella es de ojos verdes, yo de ojos negros, padres ricos, padres campesinos, ropa cara, ropa barata, cuánta envidia le tengo; si fuera rica envidiaría su belleza, si fuera bella envidiaría su riqueza, si fuera rica y bella entonces no sería yo, sería ella; hombres y mujeres se quedan viéndola, yo soy su sombra deformada; escucho carcajadas cuando camino sola; sé que soy más inteligente, ya que comprendo mejor los conceptos filosóficos, pero no hay quien malgaste tiempo escuchándome, a nadie le importa lo que una mujer fea pueda decir; no debo hablar mal de mi mejor amiga,

pero es una puta perra, a su novio, a quien amo, lo ha engañado siete veces con hombres distintos, tres veces con mujeres; miente a su familia, es adicta a los juegos, la he visto perder quinientos mil en la ruleta, mientras que ese mismo dinero gana mi padre trabajando en los arados bajo el sol; cada mes invierte doscientos mil pesos en licor, cuando a mí me proporcionan apenas cincuenta mil para cubrir mis gastos; no la odio, pero si yo fuera así de afortunada, aprovecharía mejor mi suerte; ¡la odio, deseo que se muera!

—¿Te sucede algo, amiga?, pareces enojada.

—No me sucede nada.

—¿Qué le pasará a Antonia que está tan pensativa?